

LA POLITICA INTERNACIONAL EN EL TERCER TRIMESTRE DE 1953

Sir Winston Churchill inició con su discurso del 11 de mayo de 1953 el movimiento occidental favorable a la celebración de una reunión cuatripartita. Diez días después a la fecha citada pronunció otro discurso el primer ministro británico en la Cámara de los Comunes, en el que anunció por primera vez el proyecto de reunión de las Bermudas, en donde los representantes de los Gobiernos de las tres potencias occidentales darían los pasos preparatorios para una posterior reunión de los Cuatro.

Pero esta Conferencia de las Bermudas, que al principio aparecía proyectada para poco después del 15 de junio, sufrió una serie de retrasos en virtud de diversas circunstancias. La prolongación de la crisis ministerial francesa y la evolución política en la Alemania del Este, primero, y luego la enfermedad del propio sir Winston Churchill, dieron lugar a que, al comienzo del tercer trimestre del año, los proyectos se vieran alterados en el sentido de celebrar en Washington una reunión de los ministros de Asuntos Exteriores de la Gran Bretaña, los Estados Unidos y Francia y que pudiera ser como la preparación de la Conferencia de las Bermudas, a celebrar cuando las circunstancias lo permitiesen. El día 30 de junio se refirió el secretario de Estado, Foster Dulles, a la reunión en la capital norteamericana en el curso de una conferencia de Prensa, y señaló la cuestión alemana y la situación en Indochina como dos temas principales a tratar.

La Conferencia se inició el 10 de julio, y a ella asistieron el secretario de Estado, Foster Dulles; el ministro francés de Asuntos Exteriores, Bidault, y lord Salisbury, nombrado interinamente ministro de Asuntos Exteriores de la Gran Bretaña en ausencia de Eden, sometido a la sazón a un tratamiento médico en Boston. También llegó a Washington un representante personal del canciller Adenauer, Blaukenhorn, que fué mantenido al corriente de las conversaciones referentes a Alemania.

El comunicado final de la Conferencia permitió conocer que en el curso de las reuniones se han tratado las cuestiones más importantes que existen planteadas en el mundo. Así, la futura independencia de Austria, la vinculación existente entre la pacificación de Corea y la situación en Indochina; la reafirmación de la política occidental implicada en la creación de la organización atlántica, la creación de la Comunidad europea y la reunificación de Alemania. Respecto a esto último, las tres potencias occidentales reconocen la urgencia de llegar a una solución en el problema alemán y, recordando los esfuerzos hechos durante el año pasado para, de acuerdo con la U. R. S. S., buscar esa solución, el último de los cuales fué la Nota de 25 de septiembre de 1952, que quedó incontestada, deciden proponer, previa consulta al Gobierno federal de Bonn, que se celebre a principios del otoño próximo una reunión de los ministros de Asuntos Exteriores de los Cuatro Grandes, en la que se sienten las premisas para una solución satisfactoria.

Esta proposición occidental se hizo llegar inmediatamente al Gobierno soviético en forma de tres Notas idénticas, y en ellas, al igual que en Notas anteriores, las tres potencias proponen la celebración de elecciones libres en todo el país germano y el establecimiento posterior de un Gobierno para toda Alemania. Moscú contestó el 5 de agosto a los Gobiernos de Washington,

Londres y París. El contenido de la Nota soviética puede esquematizarse así: repudiación del acuerdo previo a que habían llegado en Washington las tres potencias, por cuanto puede representar una influencia negativa sobre la proyectada conferencia de los Cuatro; proclamación de que el mantenimiento de la paz internacional corresponde a los Cinco Grandes y que, por lo tanto, se necesita la asistencia de la China comunista; por último, aceptado discutir el problema alemán en una conferencia cuatripartita, pero no en la forma en que aparece propuesto por las Notas occidentales o en el comunicado final de Washington, que vienen a ser una repetición de las propuestas dadas a conocer en las Notas de 25 de septiembre de 1952.

El 15 de agosto el Gobierno de Moscú volvió a dirigir sendas Notas a las tres potencias occidentales acerca del problema alemán, insistiendo en la necesidad de dar a Alemania un Tratado de paz y condenando toda otra forma de incorporación a la política internacional de una de las Alemanias existentes que, como la de Bonn, al ser incorporada a la política occidental, no hace sino retrasar una solución total y destacar el carácter de subordinación a la esfera de influencia de los occidentales del Gobierno federal.

Ambas Notas soviéticas fueron contestadas el 2 de septiembre por los occidentales, proponiéndose por éstos la celebración de una reunión de los cuatro ministros de Asuntos Exteriores en Lugano, el 15 de octubre. Los occidentales aceptan tratar del problema austriaco conjuntamente con el alemán, pero no hacen alusión, como en ocasiones anteriores, a la cuestión de control por una Comisión neutral de las elecciones libres de toda Alemania como condición indispensable para llegar a la unificación. Sin duda los redactores de las contestaciones occidentales quisieron evitar, en la medida de lo posible, toda obstaculización soviética en gracia a la urgencia de no dilatar más la celebración de conversaciones cuatripartitas sobre el problema germano.

Pero la voluntad soviética de poner obstáculos quedó bien clara en su contestación del 28 del mismo septiembre al insistir una vez más en la constitución de un Gobierno provisional para toda Alemania que sea como una fusión de los de ambas zonas y al que correspondería la organización de las elecciones de que había de nacer el Gobierno definitivo. La exigencia de la participación de la China roja en la Conferencia que debería celebrarse y, aun más, del abandono por los Estados Unidos de la política defensiva que vienen patrocinando desde hace años, son dos muestras más de la imposibilidad en que se encuentran ambas partes por el momento de pasar del diálogo a distancia que las Notas representan a una conversación en mesa redonda.

Como agudamente ha observado un comentarista italiano, este intercambio de Notas tiene cierta semejanza con un diálogo entre sordos. El entendimiento se hace difícil. Y es que, en realidad, para desgracia de Alemania, ha pasado ésta a ser un elemento fundamental en el juego de oposiciones a que se encuentran entregados los dos mundos que se oponen, de tal suerte que no es tanto el porvenir de Alemania y la necesidad de deshacer con la unidad el absurdo de la división germana como el valor que pueda tener para reforzar la posición de unos a otros, lo que hace imposible que los que discuten encuentren un punto de coincidencia para comenzar a marchar hombro con hombro en el camino que ambos proclaman como el único que desean seguir.

El mayor motivo de divergencia existente dentro del marco europeo para todo posible acercamiento entre el bloque occidental y el soviético es la creación de todo el sistema defensivo occidental, cuya clave reside en la prosperidad que sea dable alcanzar a la Comunidad Europea de Defensa. En la declaración de Washington, después de aludirse al papel que en la política occidental juega el Pacto del Atlántico, se menciona a la C. E. D. como una organización pacífica por naturaleza, no dirigida contra nadie y garantía de toda agresión armada en Europa. Ella, junto con la C. E. C. A., ya en funcionamiento, preparará la creación de una Comunidad Política Europea que, respondiendo a las necesidades de sus miembros, conservará la paz en el Continente. Sin embargo, el porvenir de esta C. E. D. está estrechamente vinculado con la solución del problema alemán.

Si la C. E. C. A. es ya un hecho, la C. E. D. está lejos de serlo. En este trimestre el Parlamento holandés ha sido el único que ha ratificado el Tratado de creación de la Comunidad, aunque no está de más decir que la ratificación tiene que ser completada por la de la primera Cárcara. Dentro de la Asamblea Nacional francesa esta ratificación aparece muy problemática. Obsérvese que en el mencionado comunicado final de Washington no hay la menor alusión a la ratificación del Tratado que instituye la C. E. D. en relación con la conferencia.

cuatridipartita. Observadores internacionales han atribuido esto a la influencia del representante francés en la Conferencia, Bidault, ya que se considera que Foster Dulles, e incluso lord Salisbury, era partidario de la previa ratificación parlamentaria. La posición francesa a este respecto es la misma ahora que meses atrás. Bidault manifestó en una conferencia de Prensa celebrada al término de las conversaciones de la capital norteamericana que, aunque Francia se haya comprometido a establecer la C. E. D., no se podrá someter la ratificación a la Asamblea más que después de llegarse con Alemania a una solución satisfactoria del problema sarrés, además de considerarse necesaria la ratificación de los llamados protocolos adicionales y de un acuerdo escrito acerca de la asociación de la Gran Bretaña con la C. E. D. En la misma línea de oposición a la ratificación francesa del Tratado de la C. E. D. está la resolución final del Congreso anual del partido radical-socialista francés, clausurado el 21 de septiembre en Aix-les-Bains.

Fiel reflejo de la intranquilidad internacional producida por la incomunicabilidad a que están condenados occidentales y soviéticos ha sido la quinta sesión de la Asamblea consultiva del Consejo de Europa, clausurada el 26 de septiembre en Estrasburgo. La resolución final aprobada implica una reivindicación de la iniciativa europea en orden a la organización de la paz internacional, al tiempo que se propugna la continuación de una política común defensiva. En esta resolución se apoya la celebración de una conferencia cuatridipartita para tratar de los problemas alemán y austríaco, la conclusión de un Tratado de paz con Alemania, previa la celebración de elecciones libres en todo el país, y también la concesión de garantías a la U. R. S. S. por medio de un pacto de seguridad, dentro del marco de la O. N. U., en el que participarían la Unión Soviética, la Gran Bretaña, los Estados Unidos y los seis países de la Comunidad Política Europea.

El 30 de julio se dirigió la Unión Soviética a las potencias occidentales y a Austria, tomando la iniciativa para la reanudación de las negociaciones para la conclusión de un Tratado de paz con este último país, negociaciones paralizadas totalmente hace tiempo. Por supuesto, en esta oferta soviética se repudia como inaceptable el llamado Tratado abreviado que los occidentales propusieron el 15 de marzo de 1952. Esta iniciativa soviética ha ido acompañada de una serie de medidas por las que ha trasladado a las autoridades austríacas varias de sus funciones de potencia ocupante y que representan una serie de concesiones para amorrar la susceptibilidad de Austria hacia los rusos.

En la contestación occidental del día 17 de agosto se hace constar que las negociaciones sobre Austria quedaban incluídas entre las proposiciones que se trasladaron el 15 de julio a la Unión Soviética, de tal forma que pudieran ser objeto de examen en la conferencia cuatridipartita. Sin embargo, y en consideración a la Nota soviética de 30 de julio y también para que la conclusión de un Tratado con Austria no sufra dilación, se propone una reunión de los suplentes de los ministros de Asuntos Exteriores, a celebrar en Londres el 31 de agosto. De este modo, la posterior reunión de los ministros podría trabajar sobre un informe preparado en la reunión londinense. La cuestión del Tratado abreviado no sería motivo de examen, pretendiéndose así descartar el más fácil motivo de objeción por parte rusa. Pero la réplica soviética del 29 de agosto, en la que la nota más saliente es el deseo del Gobierno de Moscú de implicar la cuestión austríaca en el complejo de los problemas europeos, lo que supone la multiplicación de sus dificultades, ha vuelto a dejar todo en el punto muerto a que parece estar condenada toda negociación que pretenda normalizar la situación internacional del país austríaco. Los tres suplentes de los ministros de Asuntos Exteriores occidentales se reunieron en Londres el 31 de agosto. El comunicado que da cuenta de esta reunión es bien expresivo de la desesperanza que la actitud rusa ha producido.

* * *

En el otro extremo del mundo se ha registrado durante el tercer trimestre del año un acontecimiento de abultado relieve: la firma del armisticio coreano. No pareció que iba a ser fácil llegar a él después de las medidas tomadas por el presidente Syngman Rhee respecto de los prisioneros rojos que no quisieran repatriarse. No obstante, y en contra de lo que en un prin-

cepto se creyó, los chinoscoreanos no interrumpieron las negociaciones. Por su parte, el presidente Rhee accedió a lo que se ha llamado "la pequeña tregua" después de sus conversaciones con el secretario adjunto norteamericano de Estado, Walter S. Robertson. De este modo se ha podido llegar al armisticio, después de seguir un azaroso camino que se ha prolongado casi por espacio de dos años. El comentario de lo que tal armisticio supone, no sólo en relación con el futuro de la pequeña península asiática, sino sobre todo en relación con los problemas internacionales más alejados geográficamente, requeriría ser objeto de una sola crónica. Limitémonos a anotar que el 19 de julio las delegaciones de las Naciones Unidas y de China y Corea del Norte firmaron el documento de armisticio, abriendo así una nueva etapa en la evolución del conflicto que allí sigue planteado, aunque se haya puesto fin a la acción de las armas. El armisticio deja tras de sí una secuela considerable de problemas de varia entidad a cuya solución tienen que aplicarse las Naciones Unidas sin concederse momento de reposo.

La más importante consecuencia es la preparación de la Conferencia política que debe celebrarse y en la que se ha de descender al detalle de muchas de esas soluciones en potencia. Un primer obstáculo representa la actitud de Syngman Rhee, nada satisfecho con las garantías ofrecidas por los Estados Unidos. Obstáculo que no hace referencia únicamente a las relaciones entre Corea del Sur y los Estados Unidos, sino que puede ser también un factor que acentúe las disidencias occidentales respecto a una política común en Extremo Oriente, como queda puesto de manifiesto en el discurso pronunciado por Aille en la Cámara de los Comunes el 30 de julio: "No entramos nosotros en la guerra en ayuda de Syngman Rhee para convertirlo en el gobernante de una Corea unida".

Los Estados Unidos prometieron a Corea del Sur, entre otras cosas, la firma de un Tratado de defensa mutua cuando era preciso evitar que la actitud de Rhee llevara al fracaso el entonces inminente armisticio. El 4 de agosto, un día antes de comenzar el canje de prisioneros, Foster Dulles llegaba a Corea y concluía rápidamente con Rhee los términos de ese Tratado. En virtud de una de sus cláusulas pasa Corea del Sur a ser un elemento más en el sistema defensivo del Pacífico. Además, en una declaración conjunta de Rhee y Dulles hecha pública el día 7, se anunció que Corea del Sur y los Estados Unidos habían convenido en retirarse de la Conferencia política si uno u otro Gobierno estimaban que los comunistas no procedían de buena fe en las negociaciones.

En esa misma fecha, los diecisiete países con fuerzas en Corea hicieron una declaración conjunta en Nueva York por la que se acordaba que "la violación del armisticio tendría consecuencias tan graves que, con toda probabilidad, no sería ya posible limitar las hostilidades dentro de las fronteras de Corea".

Con estos antecedentes inmediatos se abrió el 17 de agosto la sesión extraordinaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas para tratar de la cuestión de Corea. En el seno del Comité Político se plantearon las divergencias de los distintos países sobre aquellos que debían participar en la Conferencia política. Rusia solicitó que la China comunista y Corea del Norte fueran invitadas a participar en las deliberaciones, viéndose rechazada por 54 votos contra 18 en el caso de Corea del Norte, y por 54 contra 14 en el caso de China. La propuesta de las quince naciones, que recomendaba la asistencia a la Conferencia de los diecisiete países que habían combatido en Corea, fue aprobada por el Comité Político y por el pleno de la Asamblea. No así la participación de la India, que después de haberse aprobado por el Comité por 27 votos contra 21 y 11 abstenciones, y por quedar claro que no podría obtener los dos tercios de mayoría requeridos por el pleno, no hubo siquiera necesidad de que se sometiese a votación por retirarse el representante hindú. Inego de pedir que no se pretendiese forzar la aprobación de la propuesta de los países de la Commonwealth, favorable a la participación de su país. La aceptación de la invitación de Rusia a la Conferencia, "si el otro bando lo desea", obtuvo una votación en el pleno de 55 votos contra uno (China nacionalista) y la abstención de la Argentina.

La participación de la India fue el caballo de batalla de esta sesión extraordinaria de la Asamblea General. Defendida por Rusia, Inglaterra y países de la Commonwealth, fue combatida desde el primer momento por los Estados Unidos. Y no por identificarse con la conocida opinión de Syngman Rhee, que considera a la India como un país filo-comunista, que desde

a una actitud conciliadora, sino, como dijo el delegado norteamericano, Cabot Lodge, porque no debía invitarse a la Conferencia a países que no hubieran sido beligerantes. Criterio que, como se ve, es el que prevaleció.

La reacción de la China comunista y de Corea del Norte se hizo conocer el 15 de septiembre por Radio Pekín. En su contestación, los chinocoreanos pidieron la participación de sus Gobiernos en las deliberaciones que deberían reanudarse en el curso de la VIII Asamblea General para decidir el número de participantes de la Conferencia. Además de los beligerantes de ambas partes, debían ser invitados a ésta Rusia, India, Pakistán, Birmania e Indonesia, y las sesiones deberían celebrarse en mesa redonda, contra el criterio de los Estados Unidos, que han querido que en la Conferencia queden limitados los campos que se han opuesto en la guerra.

La actitud de la China de Mao no ha dejado de gravitar sobre la VIII sesión de la Asamblea, abierta en la sede neoyorquina de la Organización el día 15 de septiembre. Foster Dulles, en su discurso ante dicha Asamblea el día 19, recordó la proximidad de la fecha 28 de octubre, tope para la reunión de la Conferencia política. Rusia pretendió, sin éxito, que la Asamblea General volviera a ocuparse de la composición de la Conferencia. También Vichinsky, al comienzo de la VII sesión, quiso plantear una vez más la cuestión de la sustitución de la China nacionalista por la comunista en el seno de la Organización. Pero igualmente fracasó frente a una contraproposición norteamericana, que fué aprobada por 44 votos contra diez y dos abstenciones, y con arreglo a la cual se decidió que la cuestión de la representación china no fuese considerada en el presente año.

La situación planteada en el Sudeste asiático, siempre importante, lo es ahora más después de concertado el armisticio coreano. Los observadores occidentales, principalmente los franceses, han mostrado su preocupación ante la posibilidad de que el empuje comunista en Indochina se acreciente, y se ha hablado de una vigorosa ofensiva del Viet-Minh en el próximo otoño. Por su parte, Ho Chi Minh, hablando por Radio Pekín, dijo que la guerra se presentaba larga, tanto más ahora, en que la ayuda material norteamericana se dejaba sentir más en Indochina, descargada del lastre de la campaña coreana. Es cierto, sin duda, el interés norteamericano por ayudar a Francia en la lucha que sostiene en aquellas lejanas tierras. Pero, además, otros acontecimientos registrados en los Estados Asociados hacen que Francia destaque ante el poderoso valedor norteamericano la necesidad de ayuda que la alivia en una guerra tan difícil.

Es el caso que los movimientos de índole nacionalista han tomado un carácter entre la población y los Gobiernos de los Estados Asociados que han llevado a replantear el tema de su independencia y soberanía. El rey de Camboya, que ya en la pasada primavera hizo, durante su estancia en los Estados Unidos, unas declaraciones quejándose del incumplimiento por parte de Francia de las promesas de independencia hechas en su día y que incluso manifestó que su país, por el disgusto que esto le producía, no se opondría a una eventual invasión por el Viet-Minh, huyó a Siam el 14 de junio, después de formular acusaciones similares contra Francia. Regresado a su país, no volvió a su capital, sino que permaneció en el sector Siem Reap-Buttambang, rodeado de una mayoría del Ejército camboyiano, nutrido por elementos nacionalistas y desertores del mando militar francés. El primer ministro del Viet-Nam hizo también manifestaciones en el sentido de considerarse necesario ir a una revisión de los Acuerdos de 1949 y los de la Conferencia de Pau. Ante esta situación, que hay que relacionar con el curso de los acontecimientos militares en Indochina, el Gobierno francés dirigió el 5 de julio sendas Notas a los de los tres Estados Asociados proponiendo negociaciones para revisar sus relaciones con la metrópoli.

Francia conoce la relación que hay que establecer entre el problema político de Indochina y la situación militar que tiene allí planteada. Las Notas francesas buscan de ampliar y perfeccionar la independencia de los Estados Asociados, y para ello sugiere amplias conversaciones, en el curso de las cuales se considerarían cuantas sugerencias quisieran hacer los tres Estados, salvo los intereses de Francia y el vigor de los Acuerdos antes mencionados.

Simultáneamente, el Alto Mando francés en Indochina parece dispuesto a alterar la táctica militar seguida hasta ahora. El general Navarre, comandante en jefe, se trasladó a París para presentar al Comité de Defensa su nuevo plan. Este plan, que en el orden militar des-

cansa en adoptar una táctica de mayor movilidad que se adapte más a la utilizada por el enemigo, pero de mayor profundidad e impulso ofensivo, supone un incremento en la ayuda material que las fuerzas francesas necesitan.

De aquí todo el interés que puso Francia en llevar a la Conferencia de Washington sus preocupaciones por la cuestión de Indochina. Bidault trató ampliamente de este tema en sus conversaciones con Foster Dulles. Expuso el plan militar del general Navarre y la ayuda material y económica que éste exige para llevarse a la práctica, y expuso igualmente la entonces recién enviada proposición a los Estados Asociados para discutir los términos de una más generosa independencia. Esto último no puede sino ser bien visto por la Casa Blanca, cuya política respecto a países dependientes es sobradamente conocida. Lo primero, a la vista del amnistio coreano, está también en la línea de la política que Washington patrocinó de decidida oposición al comunismo en Asia. El comunicado final de la Conferencia aludía a Indochina y señalaba el interés de los Estados Unidos y de la Gran Bretaña por el restablecimiento de la paz en aquellos territorios, al tiempo que expresa su satisfacción por la iniciativa francesa respecto de los Estados Asociados.

* * *

Al inicio del trimestre quedó planteado en Persia, en términos de gran violencia, la lucha existente hace tiempo entre el primer ministro, Mussadeq, y el presidente del Majlis, Kashani. Contar con un Parlamento, no ya sumiso, sino incondicional, ha sido para Mussadeq un objetivo codiciado para el logro de sus planes políticos. Obstáculo para ello era la personalidad de Kashani, de gran prestigio religioso y temible como enemigo político. De aquí que Mussadeq no haya dudado en su eliminación como presidente de la Cámara. Conseguido esto a principios de julio, quiso el jefe del Frente Nacional provocar un plebiscito de la Nación, en el que se dilucidara la cuestión de si debía ser o no disuelto el Parlamento existente. Si la disolución se realizaba, inmediatamente se promulgaría una nueva ley electoral que, aplicada bajo la supervisión de sus seguidores, le aseguraría la formación de una Cámara adicta, en la que no existiría ya la presencia de elementos partidarios del sha o de Kashani.

En efecto, Mussadeq fué al plebiscito una vez sustituido Kashani por Muuzem en la presidencia del Majlis. Este plebiscito, llevado a cabo en medio de las más burdas aduiteraciones, según han registrado los comentaristas de la actualidad persa, arrojó un resultado definitivamente favorable a la disolución parlamentaria, tanto en Teherán como en las provincias.

Pocos días después de conocerse los últimos resultados, la capital fué escenario de un levantamiento dirigido por la Guardia Imperial, que procedió a la detención del ministro del Exterior, Fatemi, y del de Comunicaciones, Rajabi. Pero el levantamiento fracasó, sus promotores fueron detenidos, junto con centenares de sospechosos, mientras los partidarios de Mussadeq y los comunistas se manifestaban pidiendo el procesamiento del sha. Éste y su esposa abandonaron el país con dirección a Roma.

Los acontecimientos se sucedieron con rapidez, sin embargo, y el triunfo de Mussadeq, que parecía podía tener consecuencias considerables sobre la vida política del país, se vió sorprendido por otro levantamiento, esta vez dirigido por el general Zahedi, al que apoyaba todo el Ejército y que procedió a la detención del presidente del Consejo y de los componentes de su Gobierno. El cambio de la situación del interior del país fué radical y Mussadeq pasó sin transición desde la presidencia de la vida política del país a la prisión. El sha, que desde la capital italiana había seguido el desarrollo de los acontecimientos, regresó a Persia, siendo acogido muy favorablemente por su pueblo.

Una vez Mussadeq en prisión y procesado, la posición del soberano aparece consolidada notablemente. Estos acontecimientos registrados en Persia entre el 16 y el 20 de agosto son, sin embargo, comienzo de una nueva etapa de la vida política del país ante la que cabe formularse muchas preguntas. Por lo pronto y durante el mes de septiembre, el partido Tudeh no ha dejado de hacer acto de presencia, agitando al país y buscando su apoyo en algunas tribas del interior. Esto aparte, la atención mundial ha hecho recien su atención sobre las perspectivas que se ofrecen al nuevo Gobierno para enfrentarse con el caos económico que Mussadeq

deja tras de sí y sobre la posible actitud del nuevo jefe de la vida política persa, Zahedi, acerca de la política de nacionalización petrolífera del Frente Nacional. Respecto a la nacionalización, Zahedi se ha limitado a anunciar que su política estará presidida por la justicia, lo que ha abierto una puerta de optimismo de un posible arreglo, aunque no es de creer que el nuevo jefe del Gobierno esté dispuesto a ceder ante las reclamaciones británicas de indemnización. Se ha proclamado deseoso de mantener buenas relaciones con todos los países, a los que ha pedido ayuda y comprensión que permitan a Persia vencer los difíciles momentos que atraviesa.

La ayuda norteamericana ha sido pedida con urgencia. El mensaje dirigido por el general Zahedi al presidente Eisenhower fué contestado inmediatamente, dándose instrucciones al embajador norteamericano, Loy Henderson, para que sin dilación comenzase a trabajar en un programa de ayuda financiera al país. Los Estados Unidos se disponen a dar a Persia la ayuda económica pedida por el sha y su jefe de Gobierno con carácter urgentísimo y ésto permite esperar que el restablecimiento económico vaya dando una mayor estabilidad política a Persia, lo que interesa mucho a Teherán, pero también al Oriente Medio y a todo el mundo.

Simultáneamente, con esta brusca alteración de la realidad política persa, Marruecos francés ha conocido episodios de no menor relevancia. El sultán Sidi Mohamed Ben Yusef se había convertido en el defensor de las tendencias nacionalistas marroquíes, que el movimiento Istiqlal representa en su grado máximo. Con este motivo existía una violenta situación, prácticamente de lucha, entre el Palacio del sultán y la Residencia General francesa. En esta lucha ha querido Francia valerse de un elemento marroquí, aunque opuesto al sultán. No otro es el hajá de Marráquech, conocido por el Glauti, quien, el día 15 de agosto, apoyado por sus seguidores, proclamó nuevo sultán a Sidi Mohamed Ben Muley Arafa. El residente general francés, general Guillaume, regresó rápidamente a Rabat con instrucciones de su Gobierno, firmando precipitadamente por Ben Yusef varios de los decretos de reforma que repetidamente se había negado a suscribir. Las autoridades francesas se entrevistaron con El Glauti, con objeto de que retrasara su decisión de ir contra el sultán. Pero el día 15, El Glauti proclamó que el sultán quedaba desposeído de su autoridad religiosa, que pasaba a Ben Muley Arafa. De este modo se creó en Marruecos una situación inaudita y sin precedentes en el mundo musulmán, cual es la de la separación personal de las autoridades religiosa y política. La población marroquí se manifestó hostil y Casablanca, Rabat y otras ciudades del protectorado fueron escenario de sangrientos sucesos. La situación era insostenible y condujo a la total deposición del sultán Ben Yusef, que pasó deportado a Córcega. El nuevo sultán, Ben Muley Arafa, hizo su entrada en Fez en medio de una general frialdad popular.

Ante unos acontecimientos semejantes, Francia tendrá que defenderse del ataque del mundo árabe y musulmán y, por lo pronto, el bloque de países árabes y asiáticos en las Naciones Unidas han reanudado su campaña para que la Organización considere la situación nueva de Marruecos como una consecuencia del estado de violencia a que ha conducido la política francesa y que pone en peligro la paz mundial. La Liga Árabe se pronunció en iguales términos.

El Consejo de Seguridad, no obstante, rechazó, el 5 de septiembre, la petición de árabes y asiáticos por cinco votos (Inglaterra, Estados Unidos, Francia, Colombia y Dinamarca) contra otros cinco.

En Egipto, ingleses y egipcios han vuelto a establecer contacto y se han reanudado, con carácter oficial, las conversaciones entre sus respectivos delegados. Ésto ha podido ser interpretado como una manifestación de pérdida de la firmeza existente que había llegado a hacer inútiles todos los intentos de diálogo. Sin embargo, a lo largo del trimestre, antes y después de que los contactos se restablecieron, Egipto ha proclamado repetidamente su voluntad de expulsar a los ingleses. Nada, pues, debe inducir a creer que se han producido cambios sustanciales en la situación ya conocida. En el complot contra el general Naguib y su Gobierno, que él mismo anunció el 15 de septiembre, habiéndose descubierto, parece haberse contado, según los egipcios, con el apoyo de elementos extranjeros, lo cual ha dado también ocasión para que las autoridades del país hayan vuelto a manifestar su actitud antibrítica.

La cuestión del Canal está estrechamente emparentada con la de la defensa del Oriente

Medio, que en la mente de los hombres de la Casa Blanca vendría a completar la defensa occidental extendida hasta Turquía. La tesis egipcia es que esa defensa debe apoyarse en un dispositivo militar montado por los países de la Liga Árabe, reforzada ésta por la ayuda norteamericana, lo que vendría a hacer inútil la presencia inglesa en el Canal.

El día 27 de agosto se firmó en la Ciudad del Vaticano el Concordato entre la Santa Sede y España, firmando dicho documento diplomático monseñor Tardini, prosecretario de Estado para Asuntos Eclesiásticos y el ministro español de Asuntos Exteriores, don Alberto Martín Artajo.

Es sabido que este Concordato ha sido objeto de negociaciones que se han prolongado durante varios meses. Durante ese espacio de tiempo la Prensa extranjera habló en ocasiones del fracaso a que estaba condenado el Concordato con España. La firma que ahora recordamos viene a dar un mentís a esas afirmaciones y a coronar cumplidamente el tesón y estudio que por ambas partes se ha puesto.

No es de esta publicación el análisis y consideración del contenido de este importante documento diplomático, preparado ya por otros textos firmados con anterioridad, y en los que se han regulado otros aspectos y materias tocantes a las relaciones entre la Santa Sede y España. Nos cabe únicamente destacar la importancia que este hecho tiene desde el punto de vista de la política exterior. Y en ese orden su importancia es esa, precisamente: la de un éxito diplomático, que corona el esfuerzo e interés que España ha puesto en normalizar formalmente y de manera completa sus relaciones con la Santa Sede, y que ha sido alcanzado en momentos bien significativos para España. Firmado con un mes de antelación a los Acuerdos con los Estados Unidos, ha elevado España al primer plano de la actualidad internacional y constituye para ella una fuente apoyatura de su política exterior por el valor moral que encierra.

El día 25 de septiembre eran igualmente firmados, esta vez en Madrid, tres Acuerdos entre los Gobiernos de España y de los Estados Unidos. El primero se refiere a la construcción y uso de bases militares en España por los Estados Unidos, el segundo a ayuda económica y el tercero a ayuda militar y económica. La importancia de la firma de tales Acuerdos es manifiesta.

Los Estados Unidos han firmado ya muchos Acuerdos de ayuda con países de Europa y de fuera de nuestro Continente. Pero bien puede decirse que los concluidos con España tienen una importancia singular, que viene dada por la conjunción de tres factores. El primero de éstos, el contenido y la amplitud de sus cláusulas, en cuyo examen no podemos entrar aquí. El segundo, venir a constituir una pieza clave en el sistema defensivo patrocinado por los Estados Unidos, dadas las características políticas y geográficas de España. El tercero, las implicaciones políticas que suponen. La firma de unos Acuerdos de esta índole entre España y los Estados Unidos es puesta inmediatamente en relación, dentro del campo de las relaciones internacionales, con la que ha venido en llamarse "cuestión española". Cuestión que ha sufrido una evolución de todos conocida, desde que en su día se tomaron contra España una serie de medidas injustas y contrarias al Derecho Internacional, con objeto de, so pretexto de antipatías de régimen y sistema, aislarla de la comunidad de naciones. Este aislamiento perjudicó a España, con especial repercusión en su economía, aunque robusteció al régimen. Pero también perjudicó al mundo occidental, que perdió con ello el contar para la política defensiva a que luego tan apasuradamente ha tenido que entregarse, con la temprana conspiración española. Las medidas tomadas contra España fueron consideradas como inútiles y perjudiciales por sus propios autores. Y, poco a poco, los embajadores que un día partieron, volvieron para presentar sus credenciales al Jefe del Estado español, restableciendo un estado de cosas que nunca debiera haber sido alterado. Más tarde vino la participación española en Organizaciones vinculadas a las Naciones Unidas y, más recientemente aún, el ingreso de España en la U. N. E. S. C. O. Pero bueno será recordar que en este cambio de actitud psicológica acerca de España ha operado mucho más que el convencimiento de lo injusto de la actitud anterior y lo perjudicial para los intereses de la paz que era el olvido de la Península

Ibérica, el desarrollo de los acontecimientos, a caballo de los cuales se ha desplegado toda la guerra fría y la enemistad ruso norteamericana. Y buena prueba de ello es que si los Estados Unidos han querido reconsiderar la cuestión y prestar su ayuda a España, dándole entrada en la estructura defensiva que cierra al mundo soviético, otros países, elementos de esa misma estructura e interesados, por tanto, en contar con una clave estratégica de tan apreciable valor como la de España, nos referimos concretamente a Francia y la Gran Bretaña, no han ocultado su disgusto por la firma de los Acuerdos y de buena gana hubieran recortado la amplitud de las cláusulas que ellos encierran. Esto es: han insistido en los pasados errores, sacrificando a antipatías políticas los intereses superiores de la comunidad de los pueblos europeos y del mundo occidental.

FERNANDO MURILLO RUBIERA

